

DEL «ANIMADOR VOCACIONAL» A LA «COMUNIDAD VOCACIONAL». UN PASO MÁS EN LA DIFUSIÓN DE LA «CULTURA VOCACIONAL»

Fabián MARTÍN, OAR

¿Nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo? [...] Habéis sido hijos, sed también madres [...]. Llevad [...] a los que podéis; para que, así como fuisteis hijos al nacer, podáis ser madres de Cristo llevando a nacer a otros¹.

De tus propios hijos, ¡oh Iglesia!, crece para ti una nueva paternidad².

Introducción. Al compás del papa Francisco

El papa Francisco ofreció a toda la Iglesia, con la exhortación apostólica postsinodal sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual (*Evangelii gaudium*), una «perla preciosa» en el único número dedicado a la tarea de la animación vocacional. Así, en el número 107 indicó que la pastoral vocacional es un verdadero desafío para toda la comunidad cristiana. Y apuntó tres constataciones referidas a la implicación de la comunidad cristiana y, por ende, de la comunidad religiosa, en la «cultura vocacional»:

- Ciertamente en muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Esto se debe frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo.
- Ahí donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas.
- Y aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración.

1 s. 72 A, 8 (Denis 25).

2 en. Ps. 44,32.

Acertada fue también la intervención del Papa con ocasión de la jornada mundial de oración por las vocaciones, en la que interpeló a toda la comunidad cristiana: «Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes». Y dijo con lucidez: «A vosotros, obispos, sacerdotes, religiosos, comunidades y familias cristianas os pido que orientéis la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, exigen una auténtica pedagogía de la santidad, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona»³. Ambas reflexiones del Papa inspiran esta reflexión.

La mayor dificultad en el servicio de la animación vocacional hoy en día, y lo decimos desde el principio, no radica tanto en la claridad de las ideas cuanto en la modalidad de la praxis pastoral y en la actitud de implicación o no implicación de toda la comunidad cristiana y de la comunidad religiosa. Cierto, sigue habiendo unos responsables directos de la animación vocacional, sobre todo para favorecer lo más posible la extensión de la «cultura vocacional». Sin embargo, se podrá decir más fuerte, pero no más claro: la pastoral vocacional es decisión, responsabilidad y compromiso de toda la Iglesia, comunidad de los con-vocados. A esta certeza de fe dedicamos estas páginas.

1. A la luz de la Palabra

*Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. Viendo pasar a Jesús, dijo:
—Ahí está el Cordero de Dios.*

Los discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les dijo:

—¿Qué buscáis?

Respondieron:

—Rabí —que significa maestro—, ¿dónde vives?

Les dijo:

—Venid y ved.

Fueron, pues, vieron dónde residía y se quedaron con él aquel día. Eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. Encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

³ Mensaje del papa Francisco en la LI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 11 de mayo de 2014.

–Hemos encontrado al Mesías –que traducido significa Cristo. Y lo condujo a Jesús. Jesús lo miró y dijo:

–Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Cefas –que significa Pedro (Jn 1,35-42).

Nos encontramos ante un relato bíblico que es modelo de respuesta a la llamada divina. El seguimiento de una vocación es siempre una respuesta que se da a través del descubrimiento, conocimiento gradual y adhesión a la persona de Jesús. En estos pocos versículos se contiene un doble relato de vocación: el de los primeros seguidores de Jesús y el de aquellos a quienes estos, a su vez, llaman al encuentro con él. Cada narración de vocación tiene tres elementos que se repiten: un testigo cualificado que da testimonio de su fe en Jesús, el Bautista ante sus discípulos (v. 36) y Andrés ante Simón (v. 42); el encuentro personal del que es llamado con Cristo (vv. 39 y 42); y, finalmente, la profesión de fe del recién llamado (v. 41).

El texto evangélico presenta, fundidos armónicamente, el hecho de la llamada de los primeros discípulos, descrito como descubrimiento del misterio de Cristo, y el mensaje de la fe y del seguimiento del Maestro. El interés fundamental de este pasaje se centra, pues, en el origen de la fe y en su transmisión mediante un testimonio gozoso: «Hemos encontrado al Mesías». El evangelista muestra a los lectores los rasgos característicos de la condición del discípulo, a saber: la fe como experiencia vivida en el encuentro y la adhesión a la persona de Cristo, que se desencadena a partir del testimonio de quienes lo reconocen como el Señor de sus vidas.

Jesús se adentra en el mundo y en la historia como un hombre cualquiera (cf. *Fil 2,5-10*), acudiendo a escuchar al Bautista, confundido entre la gente. Pero hay quienes tienen la agudeza del Espíritu para reconocerlo, identificarlo e indicarlo como el Cristo, tal y como lo hizo aquel: «Este es el Cordero de Dios». Su testimonio y sus palabras inquietan a dos de sus discípulos, y estos se ponen en marcha tras el Mesías. A partir de entonces, los discípulos comienzan el descubrimiento del misterio de Jesús, entrando en contacto directo y personal con él, hasta llegar más delante a decir de él que es el «Hijo de Dios». Andrés, por su parte, encamina a su hermano Simón al encuentro con Cristo. En este sentido, tanto el Bautista como Andrés son imagen del mediador vocacional para quien busca respuestas. Y la respuesta fascinante la da Jesús: «Venid y lo veréis».

Quien se acerca a este relato se siente sorprendido desde el principio por el misterio de la persona de Jesús y de su gran humanidad, que colma y satisface las aspiraciones fundamentales del hombre. Por lo cual, la primera actitud de quien lee este texto es la de buscar quién es Jesús e intentar descubrirlo a través del testimonio y de la transformación que se realiza en las personas que se encuentran con él. Jesús puede y debe ser conocido a partir de las relaciones que los miembros de la comunidad cristiana establecen con él.

En el texto bíblico no se indican ni el lugar donde ocurre la escena, ni de dónde viene y a dónde va Jesús, ni siquiera por qué pasa por allí. Para el evangelista Juan es ya el tiempo de la Iglesia. Hoy, como ayer, Cristo pasa por nuestro mundo y nuestra humanidad, donde quiere y como él quiere. ¿Quién lo reconoce y quién lo señala como el enviado del Padre? Él pasa por la historia concreta de la vida de cada hombre, en la espera de que cada persona acoja el testimonio de quien lo anuncia. Podemos y debemos ser Juan el Bautista o Andrés para la vida de los que van siendo llamados. Y todos, a la vez, hemos de estar atentos para poder escuchar el testimonio de algún Bautista o Andrés.

2. San Agustín ilumina también la tarea vocacional de la comunidad

La misma vida de san Agustín es, de por sí, una luminaria a partir de la cual podemos traer propuestas concretas sobre la respuesta a la vocación divina. Como oriento esta reflexión a suscitar la implicación de la comunidad cristiana y, con mucha mayor razón, de la comunidad religiosa en la tarea vocacional, me detengo en su estilo de animador vocacional.

San Agustín, ya desde el comienzo de su vocación monástica, presenta esta como una vocación compartida, un fuego que se comunica en fuegos repartidos entre los que «con-viven» con él y comparten las vicisitudes y el proceso de esa vocación. El paradigma mejor fraguado de su inspiración fue la primera experiencia de la comunidad que fundó en Tagaste. En este sentido, la vocación del santo de Hipona no es solo admirable en él mismo, sino también una fuente de convocatorias para todos aquellos que pueden conectar en este aspecto con él. El que aprende de san Agustín a vivir su llamada, por su parte, entiende también que su vocación es con-vocante.

En medio del encanto de la experiencia de Tagaste, solícito, se dirige a la ciudad de Hipona para ganar a un amigo para la vida monástica: «Vine a esta ciudad para ver a un amigo, al que pensaba que podría ganar para Dios, viniendo a estar con nosotros en el monasterio»⁴. Como parte de su tarea apostólica, de su ministerio, exhorta con entusiasmo para que otros vivan la vocación que él vive: «Exhorto a otros con todo el afán que puedo a abrazar este propósito, y tengo hermanos en el Señor que por ministerio mío se han decidido a hacerlo»⁵.

4 s. 355,2.

5 ep. 157,4,39.

Otro caso emblemático de la labor vocacional de san Agustín lo encontramos en otra de sus cartas, en la que cuenta cómo, en el ejercicio de su ministerio, fue ocasión para que Demetrias abrazara la virginidad consagrada: «Este nuestro ministerio [...] ha producido en vuestra casa tanto fruto que Demetrias, preparada ya para unas bodas humanas, prefirió el abrazo espiritual de aquel Esposo»⁶. En otra recomienda a Quintiliano que cuide a la viuda Gala y a su hija Simpliciola, virgen, a las que «he alimentado y abrevado con la palabra de Dios»⁷. Asimismo, intercambia correspondencia con la virgen Felicia para que no se aparte de la Iglesia, escandalizada por la vida de algunos malos pastores⁸.

Puede verse en estos ejemplos concretos cómo san Agustín actuaba como un verdadero animador de las vocaciones. Así, podemos decir que el santo de Hipona fue generoso con su tiempo y sus cualidades para salir al encuentro de las personas a las que acaso pudiera despertar la llamada, pro-vocando, ahí donde fuera posible, oportunidades de vocación o acompañando con diferentes recursos.

¿Y qué decir de su enseñanza? La obra agustiniana está salpicada de vi-
sos que buscaban desencadenar la vocación cristiana y de particular consagra-
ción. Para muestra, varios botones. «¿Cuál ha de ser tu ocupación, sino alabar a
quien amas y conseguir amadores que lo amen contigo?»⁹. «El gozo compartido
por muchos es más abundante en cada uno, porque se entusiasman e inflaman
mutuamente»¹⁰. «Amad también vosotros a Cristo. Arrebatad, conducid, arrastrad
hacia él a cuantos podáis. Estad seguros que los lleváis hacia aquel que no des-
agrada a los que lo contemplan»¹¹. «No os deis momento de reposo por ganar a
otros para Cristo, ya que por Cristo habéis sido ganados vosotros»¹².

3. Algunas luces más para el camino

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la
unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). Así, toda
la Iglesia aparece como pueblo profundamente unido por la unidad del Padre, del

6 *ep.* 188,1,1.

7 *ep.* 212,1.

8 *Cf. ep.* 208,7.

9 *en. Ps.* 72,34.

10 *conf.* 8,4,9.

11 *en. Ps.* 96,10.

12 *Io. ev. tr.* 10,9.

Hijo y del Espíritu Santo (Cf. LG 4). Además, «todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, al unísono en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Santísima Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de la Iglesia» (LG 51). De ahí que la llamada al encuentro con Dios sea, a la vez, llamada al encuentro entre los hijos del mismo Padre. La respuesta afirmativa del hombre a Dios origina la *ekklesia*, comunidad de los convocados.

La comunidad eclesial tiene una estructura profundamente vocacional: es llamada a la misión; es signo de Cristo misionero del Padre. Toda vocación florece en la Iglesia, en la Iglesia que camina en el mundo hacia el cumplimiento de una historia que es grande, porque es de salvación. Con la historia de la Iglesia en el mundo se entrecruza la pequeña grande historia de cada vocación. Inmersa en el tiempo de los hombres, la Iglesia, en condición de éxodo, está en misión al servicio del reino, para hacer de la humanidad la comunidad de los hijos de Dios. Ello exige a la comunidad eclesial escuchar atentamente los gozos y esperanzas, alegrías y tristezas de los hombres (cf. GS 1), leer los signos de los tiempos, lenguaje del Espíritu Santo, y establecer un diálogo fecundo con el mundo de hoy¹³.

El congreso sobre las vocaciones en Europa, celebrado en Roma en mayo de 1997, realizó una constatación muy lúcida respecto a los que llaman y a los que son llamados: «La crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman, acobardados y poco valientes. Si no ha nadie que llame, ¿cómo podrá haber quien responda?»¹⁴. Así la iglesia, comunidad de los llamados, constituye la mediación privilegiada de la llamada de Dios. En la comunidad cristiana todos propagan el buen aroma de la llamada y, a su vez, convocan para vivir la sublime vocación al amor a los que van siendo llamados. Ante todo, lo hacen con el testimonio de la alegría que nace de creer en el evangelio.

Es importante que la comunidad eclesial ayude, de hecho, a descubrir a todo llamado la propia vocación. En la Iglesia cada vocación es personalísima y se concreta en un proyecto de vida. Pero no funciona «en automático». Por esta razón «un clima de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valor del anuncio, de intensidad de la vida sacramental convierte a la comunidad creyente [y a la comunidad religiosa] en un terreno adecuado no solo para que broten las vocaciones particulares, sino para la creación de una “cultura vocacional” y de una disponibilidad en cada uno para recibir su llamada personal»¹⁵. Pues, en la Iglesia del Señor o se crece juntos o no crece nadie¹⁶.

13 Cf. *In verbo tuo* («Nuevas vocaciones para una nueva Europa»), 19.

14 *In verbo tuo*, 19.

15 *In verbo tuo*, 19.

16 Cf. *In verbo tuo*, 13.

La vida humana y, por ende, la cristiana, está llamada a ser redescubierta como verdaderamente significativa solo si está abierta al misterio de Dios y, concretamente, al seguimiento de Cristo. Cuando una comunidad cristiana crea el ambiente adecuado para captar la frecuencia del Espíritu, el creyente, especialmente el joven, se dispone a escuchar la llamada de Dios en actitud de fe y a emprender en su corazón la aventura para realizarla. La historia de cada vocación es una historia de amor que se desencadena en la obediencia de fe¹⁷. El Espíritu Santo convoca también hoy a la Iglesia y la llama a ser signo particularmente legible de la íntima comunión que la anima y constituye, para que los pueblos tengan en él vida, y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10).

«La vida engendra vida». Así como en el seno de las familias se acoge con generosidad el misterio de nuevas vidas, así la comunidad cristiana suscita y acompaña toda vocación que, en germen, es vida abierta a la plenitud y al encuentro con los demás. Consiguientemente, en la Iglesia, la comunidad de los con-vocados, todos estamos llamados a convocar a la vida, a la fe y al amor que se hace entrega en el servicio. «La comunidad cristiana es madre de vocaciones porque las hace nacer en su seno, por el poder del Espíritu, las protege, las alimenta y las sostiene»¹⁸.

El papa Francisco repitió a los jóvenes en el marco de la JMJ de Río de Janeiro que somos llamados por Dios, llamados a anunciar la alegría del evangelio, llamados a promover con valentía la cultura del encuentro. Recogiendo este impulso que está dando el Papa a la evangelización, me atrevo a decir que hoy más que nunca se hace urgente en la Iglesia trabajar desde la comunidad cristiana y religiosa la propuesta de la cultura del evangelio que, en definitiva, tiene mucho que ver con la cultura de la vocación que pro-voca, in-voca y con-voca en torno al amor. «La fe es un escándalo y responder a Dios conlleva, ciertamente, complicarse la vida; pero ello entusiasma al infinito el corazón», dijo también el Papa en dicha JMJ.

4. La «Cultura Vocacional»

Evangelización y vocación son dos elementos inseparables. Es más, el criterio de autenticidad de una buena evangelización es la capacidad de suscitar vocaciones, de madurar proyectos de vida evangélica, de hacer partícipes por

17 Cf. *In verbo tuo*, 19.

18 *In verbo tuo*, 19.

completo a aquellos que son evangelizados hasta hacer de ellos discípulos, misioneros, testigos y apóstoles. Sentimos hoy, más fuerte que nunca, el desafío de que la pastoral eclesial se haga realmente vocacional, promoviendo una «cultura vocacional», es decir, un modo de concebir y de enfrentarse a la vida como don recibido gratuitamente de Dios para un proyecto o una misión, según su plan.

a. Sentido de «cultura»

El concilio Vaticano II, en la constitución pastoral sobre la Iglesia, *Gaudium et spes*, confeccionó una descripción de cultura en el número 53, refiriéndose a esta como a todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla las múltiples cualidades espirituales y corporales que le permiten acceder a una humanidad plena y verdadera. El papa Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, dio un paso adelante e hizo una llamada a toda la Iglesia para que enfrentara la tarea de la evangelización de la cultura y de las culturas.

El documento conclusivo de la tercera conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, celebrada en Puebla en 1979, asumió los planteamientos de la *Gaudium et spes* y la interpelación de Pablo VI, y describió la palabra *cultura* como «el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios, de modo que puedan llegar a un nivel verdadera y plenamente humano» (*Puebla*, 386). La misma idea se recogió en el *Documento de Aparecida*, 476.

Por lo cual, la cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y a su vez la transmite. La cultura es una realidad histórica y social (cf. *Puebla*, 392).

Cultura es, por tanto, todo un complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y demás disposiciones y hábitos adquiridos por el hombre, en tanto que miembro de una sociedad (cf. E. B. Tylor). La cultura conlleva saberes, pero tiene que ver sobre todo con el modo en que una sociedad se sitúa en el mundo y en una época determinada. Es decir, tiene que ver con un estilo de ser persona, con la selección de unos determinados valores de autorrealización, con el sentido que se le da a la existencia (cf. Javier Garrido, OFM).

A partir de estas descripciones de *cultura* se entresacan, al menos, cuatro elementos claves, dignos de tener en cuenta:

- La cultura es un producto de la interacción humana y se concreta en el modo y el estilo de una comunidad específica, con sus leyendas, mitos, ritos, tradiciones... propios.
- La cultura funciona como un marco de referencia que permite poner orden a la vida e interpretar las distintas experiencias humanas de los pueblos.
- La cultura no es una realidad estática, sino dinámica, ya que el ser humano crea cultura, la interpreta, se nutre de ella, la trasmite y la enriquece con el pasar de los años.
- La cultura conlleva una fuerte implicación personal para vivir según el modo en que se cree y en el cual todos están más o menos de acuerdo.

Es este concepto de cultura el que queremos asumir para hablar de la «cultura vocacional». Por lo cual indico desde este momento que la «cultura vocacional» no es una cultura paralela a la cultura actual, sino una propuesta ciertamente cultural, mas la propia del evangelio. Enunciado brevemente, la cultura de lo vocacional propone el evangelio a la cultura histórico-sociológica en clave vocacional.

La dinámica que desencadena esta cultura de la vocación es la misma que desencadena la Palabra divina que, como una semilla colocada en el corazón de la civilización humana, despliega y expande la cultura del hombre y la encamina hacia su mejor posibilidad; la hace cultura del amor. La «cultura vocacional» siembra esta semilla de amor en el corazón del hombre que lo lleva a ponerse en camino de plenitud. Así, la «cultura vocacional» propone vivir en Dios, que es el amor.

b. Qué queremos decir cuando hablamos de «cultura vocacional»

A partir del segundo congreso latinoamericano de vocaciones, la expresión «cultura vocacional» se fijó principalmente en tres núcleos dinámicos: una mentalidad vocacional o componente intelectual, una sensibilidad vocacional o componente afectivo, y una praxis vocacional o estilo de vida. La *mentalidad vocacional* hace referencia a la verdad teológica de la vocación (*logos*); la *sensibilidad vocacional*, a la subjetividad de la llamada (*pathos*); y la *praxis vocacional*, a los gestos que la hacen creíble y la sostienen en el espacio y el tiempo (*ethos*). Al primer núcleo corresponde la teología de la vocación; al segundo, la espiritualidad vocacional; y, al tercero, la pedagogía vocacional.

a) Teología de la vocación (*logos*)

La *teología de la vocación* se refiere, pues, a la reflexión acerca del hombre a partir de la fe contenida y expresada en las Escrituras y en la tradición de la

Iglesia. Esta reflexión creyente sobre el hombre da por sentado que este no se da a sí mismo la vida, sino que alguien lo pensó y lo amó y, porque lo pensó y lo amó, vino a la existencia. Además, por el simple hecho de existir, tiene una misión muy personal e intransferible en esta vida. Y en descubrirla y ajustarse a ella se juega su auténtica felicidad:

*El hombre será feliz y plenamente realizado estando en su puesto, aceptando la propuesta educativa divina, con todo el temor y temblor que una tal exigencia suscita en su corazón de carne*¹⁹.

La vida, desde este punto de vista, es un don de Dios que, para realizarse en plenitud, ha de desplegarse en un bien que se comparte y se entrega a los demás con la misma lógica con que Dios lo otorgó: la de la gratuidad y la gratitud. Por lo tanto, la vocación es una llamada gratuita, abierta a la gratuidad y a la plenitud de la persona. Y el ser humano no alcanza del todo su plenitud en este modo de existencia por muy bueno que sea, sino hasta que llegue al lugar de su reposo definitivo, allí a donde Dios lo invita y atrae mientras existe: la vida feliz junto a él. “Señor, nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”, decía acertadamente nuestro padre²⁰.

b) Espiritualidad vocacional (pathos)

Con *espiritualidad vocacional* nos referimos a la *sensibilidad de la fe* que desencadena la comprensión de la teología vocacional. Si la teología de la vocación parte de la vida como un don, la espiritualidad vocacional vuelve a la vida y a su dinámica interior donde se recrea ese don, se agradece, se celebra y se comunica a los demás. La vida cristiana está encaminada a que la persona de fe se encuentre personalmente con el Dios vivo y verdadero, hecho carne, Palabra y rostro en Jesucristo, y con él inicie una relación de amistad y a él responda libremente a la llamada particular que le dirige.

c) Pedagogía de la vocación (ethos)

La *pedagogía de la vocación* se relaciona con la centralidad de los itinerarios de fe en la iniciación cristiana, en la evangelización y en la animación vocacional. El concepto de itinerario se refiere sobre todo a la secuencia, ordenada y sucesiva,

19 *In verbo tuo*, 16.

20 *conf.* 1,1,1.

de etapas y de estrategias que, al menos como hipótesis, asegura el alcance de una meta determinada. El itinerario es el proyecto completo del dinamismo de la vida y de la vida como vocación.

5. Condiciones de posibilidad de la «cultura vocacional»

a. *Lo que hay que saber (el kerigma vocacional)*

El papa Pablo VI apuntó en su mensaje para la decimoquinta jornada de oración por las vocaciones lo siguiente: «Que ninguno, por culpa nuestra, ignore lo que debe saber, para orientar en un sentido diverso y mejor, la propia vida». Este es el punto delicado del trabajo de la animación vocacional, pues la Iglesia, madre y maestra en el servicio que presta a la evangelización, ha de buscar diversos modos de indicar respetuosamente al hombre de hoy aquello que es necesario saber, para poder tomar las decisiones importantes de la vida en el ejercicio de la propia libertad (cf. EN 80). En esto consiste básicamente la propuesta vocacional o proclamación del kerigma vocacional.

El *kerigma vocacional* radica en el anuncio integral de la llamada de Dios como obra que él realiza en nosotros y, desde la fe, se dirige a todas las personas y, en particular, a los jóvenes, como una buena noticia capaz de dar un sentido a sus vidas y abrirles horizontes de libertad. Incluye la propuesta de una interpretación de su existencia y de unas actitudes nuevas que cada uno en sus circunstancias ha de poner en práctica.

El contenido concreto del kerigma vocacional se puede resumir de la siguiente manera: «Tu vida no es resultado de la casualidad o de un error, se ha originado en el amor y ha sido creada por Dios. Por ello puedes estar seguro de que eres incondicional y definitivamente amado. Este amor originario ha impreso en tu existencia un orden, según el modelo de Cristo. Tu vida tiene un sentido objetivo que necesitas descubrir poco a poco. Se trata de un don que no se agota en ti mismo, porque se ordena a los demás. Desarrollar ese don es tu tarea. Cuando asumes este designio y esta dirección, tu libertad adquiere un nuevo sentido, absolutamente original» (E. Lavaniegos). Esta es, en definitiva, la propuesta que se anuncia en la animación vocacional como una buena noticia que da una orientación definitiva a la vida.

El papa Benedicto XVI, en su primera encíclica *Dios es amor*, señaló al respecto que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo

horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1). Lo fundamental es, pues, conocer y poder llegar a amar a Dios, con *todo el corazón, con toda el alma, con todo las fuerzas* (cf. Dt 6,5). Quien da cabida a Jesucristo en su existencia encuentra la fuerza y la motivación profunda para tomar decisiones valientes, y puede abrirse al futuro con esperanza.

En Cristo resucitado, el hombre creyente experimenta una esperanza más fuerte que todo temor y que toda duda. Y el mensaje de amor de Jesús de Nazaret, por sí mismo, es capaz de conquistar el corazón del hombre y de empujarlo a vivir la existencia como un proyecto precioso en las manos de Dios. Lo que se intenta es, por tanto, presentar esta buena noticia que da vida y esperanza al hombre de todos los tiempos; una bella noticia que es capaz de llenarle el corazón y de abrirle los nuevos horizontes.

b. *A quiénes hay que dar a conocer el kerigma vocacional*

Por tanto, sabemos lo que es necesario saber para despertar, discernir, cultivar y acompañar las vocaciones en la Iglesia. Pero ¿quiénes son los destinatarios de esta buena noticia que suscita gozo y alegría? Pensemos en el colectivo más directamente destinatario de la labor vocacional: los adolescentes y jóvenes. ¿Quiénes son estos?

Existen varios análisis sociológicos sobre los adolescentes y jóvenes realizados por personas muy competentes. No obstante, cualquier análisis detallado sobre la realidad juvenil se queda corto a la hora de acercarse a los jóvenes concretos que encontramos por el camino y que van a nuestras iglesias. Incluso, para la ‘cultura vocacional’, me atrevo a decir que más que saber de juventud, hay que *saber tratar con los jóvenes y adolescentes*. Lo marca la diferencia entre “saber sobre los jóvenes” y “saber de jóvenes” es el tiempo de calidad que empleamos para escucharlos y encontrarnos con ellos.

Al respecto, dice Miguel Márquez Calle: “No es fácil acercarse al mundo de los jóvenes y ofrecerse a acompañar y alumbrar su búsqueda interior. ¿Quién se atreve a recorrer con ellos el camino de la exploración, de las dudas, del caos, del no saber, de las decepciones, de los hallazgos? ¿Quién atravesará con ellos este terreno pedregoso y tantas veces sin respuestas para arribar a la orilla de sus propios descubrimientos, de sí mismos, de Dios, de la vida? ¿Dónde se hallan los maestros que se atreven a esta empresa? Tenemos necesidad de mistagogos, de iniciadores vitales en el sendero complejo, insondable de la búsqueda interior”.

Un aspecto clave en la ‘cultura vocacional’ es la articulación necesaria que debe existir entre la pastoral vocacional y la pastoral juvenil, de tal modo que todos los esfuerzos de la pastoral juvenil han de converger en orientar al joven hacia una opción de vida cristiana en una vocación específica de servicio en la Iglesia. La pastoral juvenil es, por sí misma, vocacional y la pastoral vocacional no puede existir al margen de la pastoral de juventud. Desde este punto de vista, el horizonte de nuestra ocupación es la pastoral juvenil vocacional. Aunque lo podemos decir con toda tranquilidad: la pastoral vocacional es un quehacer específico, se logre o no articular con la pastoral juvenil.

Siendo este planteamiento de praxis pastoral el ideal, lo cierto es que la realidad juvenil se nos escurre muy fácilmente de las manos, porque precisamente los jóvenes, *siendo como son*, no es nada fácil hacerles destinatarios de lo que sabemos que puede ser una noticia significativa para ellos. Este es el *quid* de la cuestión: hacerles destinatarios de la buena noticia del amor de Dios que despierta a la alegría.

Y creo que es de sabios reconocerlo: vamos perdiendo cada vez más el contacto con los jóvenes; conectamos cada vez menos con ellos y ellos, desde luego, con nosotros, o porque no entendemos sus inquietudes o porque no les hablamos con un lenguaje asequible. Aquí se abre una brecha que hay que atender en los próximos años con seriedad y serenidad, conscientes del desafío que conlleva la evangelización de los jóvenes y adolescentes.

El papa Francisco hizo un guiño a la pastoral juvenil en la Exhortación apostólica postsinodal sobre la nueva evangelización. Reconoce que no es fácil abordar a los jóvenes, pero indica que son precisamente ellos los ‘callejeros de la fe’, por la facilidad con que crean fuertes vínculos de fraternidad, se solidarizan con los males que aquejan a nuestro mundo y se embarcan generosamente en obras de caridad. Y, dice Francisco, es urgente que se les dé más protagonismo en la comunidad creyente, pues los jóvenes son «¡felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!» (EG 106).

Si la confianza en Dios que llama funciona como un pulmón que oxigena la pastoral vocacional, el otro pulmón lo constituye la confianza en el corazón generoso de los jóvenes. «La juventud es el ventanal por el que entra el futuro en el mundo. Es el ventanal y, por tanto, nos imponen grandes retos. Nuestra generación se mostrará a la altura de la promesa que hay en cada joven cuando sepa ofrecerle espacio»²¹.

21 Francisco, «Discurso del santo padre Francisco. Jardines del palacio Guanabara de Río de Janeiro (22-07-2013)»: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/july/documents/papa-francesco_20130722_gmg-cerimonia-benvenuto-rio.html

Si no creemos en ellos, en sus posibilidades, es mejor que los dejemos en paz. Y, fundamental, tenemos que preguntarnos continuamente si no usamos la pastoral de juventud para nuestros objetivos vocacionales. Todo animador vocacional tiene que tener muy claro que es un servidor de la vocación de personas concretas, no un funcionario de instituciones a las que hay que alimentar de nuevo personal. Lo principal es que ellos descubran a partir de la ayuda que les ofrece la comunidad cristiana dónde Dios los quiere y los sueña.

c. Cómo conectar la subcultura juvenil con la alegría del Evangelio

«También hoy el Espíritu del Padre sigue llamando»²². Dios sigue llamando, pues Dios es amor (cf. *I Jn* 4,8) y la lógica del amor es siempre una invitación a entrar en comunión con él, a intercambiar afectos. Dios nos ha manifestado una y otra vez cuánto desea compartir su amistad con nosotros. En la cruz Dios nos demostró hasta dónde es capaz de llegar por amor. Y es en este amor probado en donde fundamentamos nuestra *confianza en la iniciativa de Dios* que siempre llama, porque siempre ama.

En la encíclica *La luz de fe* se incluye un párrafo en el que el obispo de Roma mira con ternura a los jóvenes: «Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades» (LF 53).

El ser humano está hecho para cosas grandes, para la belleza, para la bondad, para la libertad, para el amor..., y esta aspiración aparece continuamente como un reclamo interior en lo profundo de su corazón. Los agentes de animación vocacional, ayudados de la pedagogía de los itinerarios, han de convertirse en compañeros de camino de los jóvenes para hacerles ver cómo en el vaivén de la vida Jesús llama suavemente a la puerta de sus corazones a través de sus mejores intuiciones, de sus pensamientos geniales, de su deseo de amar y de ser amados, de sus sueños y sus ideales, de sus ganas de libertad.

22 *In verbo tuo*, 7.

Las muchas preguntas que los jóvenes se hacen, sus búsquedas personales, sus inquietudes, sus ilusiones, sus gozos y sus esperanzas, incluso sus mismas rebeldías, pueden llegar a ser el paso privilegiado de Dios por sus vidas. Son los *lugares teológicos* en los que alguien, mucho más grande que la propia realidad personal, que de modo extraño y misterioso forma parte del entramado de la existencia humana, quiere contar con ellos para hacerlos destinatarios de su amor, para compartirles su vida y su alegría, para que la alegría llegue en ellos a su plenitud (cf. *Jn* 17,13).

La llamada de Dios, lejos de ser una intromisión del absoluto en la propia existencia, consiste en la propuesta de un camino por andar, cuyo recorrido pone en juego lo mejor de la vida humana y de cada persona. La llamada no es otra cosa que escuchar en lo profundo del corazón la voz de Dios. Y escuchar la voz de Dios en lo profundo del corazón significa estar dispuesto a correr el riesgo de la aventura de la vida, con sus momentos bellos pero también difíciles. A través de la vocación, los jóvenes y no tan jóvenes han de descubrir cómo se enciende en su interior una llama que da calor, color y pasión a la propia vida.

6. Espiritualidad de la comunidad vocacional

Se ha insistido en esta reflexión en que, en la comunidad cristiana y religiosa, todos somos animadores vocacionales. No obstante, la «cultura vocacional» continúa siendo hoy día una asignatura pendiente. La poca o mediana implicación de los seculares y de los religiosos en la tarea de la animación vocacional nos indica que no podemos dar por supuesta la «cultura vocacional» y sus repercusiones concretas en la pastoral. Por tanto, hay que seguir perseverando en esta, para que se dé un paso más en nuestras comunidades.

El punto neurálgico de la apuesta concreta de la comunidad cristiana y la comunidad religiosa por la «cultura vocacional» radica en la renovación y la revitalización de la vida comunitaria. En aquellas comunidades en las que se pueda vivir y celebrar intensamente la propia vocación, la vida de oración, las relaciones fraternas, el compromiso en la misión, la acogida vocacional, pueden surgir vocaciones genuinas.

Cuando los que ya han sido llamados crecen en su compromiso con la vida comunitaria, entonces la comunidad presta un excelente servicio a la animación vocacional. Al respecto, las comunidades religiosas han de despertar a la creatividad para propiciar que sean presencia significativa, comunidad fraterna de referencia. Para ello, todos los miembros de la comunidad han de cuidar y cultivar

la comunión y la fraternidad, mostrando un interés real por el hermano, por su crecimiento personal y de fe, por sus preocupaciones e ilusiones, por el desarrollo de su vocación. Es importante también potenciar diversas formas de compartir la vida de fe: *lectio divina*, retiro vocacional, tareas...

La comunidad religiosa y, al ritmo de esta, la comunidad cristiana son invitadas desde hace bastante tiempo a generar espacios de encuentro y de fe compartida. Los centros de espiritualidad no son una moda, sino la respuesta apropiada de la Iglesia y de nuestra orden religiosa a la sed de Dios del hombre contemporáneo. En estos centros se procura crear las condiciones que hacen posible el encuentro profundo consigo mismo y con Dios a través de la pedagogía agustiniana de la interioridad. En este sentido, los religiosos han de rescatar tiempos de calidad, pues la inercia puede llevar a la holganza jubilar, para la escucha y el encuentro personal con las personas que buscan; y de paso se ponen también a buscar al Dios que habita en el ser humano.

Son muchas y variadas las ofertas religiosas que se hacen en las sociedades en que estamos presentes los agustinos recoletos. Nuestra propuesta «alternativa», por así decirlo, consiste en el cuidado que hemos de tener en la oración comunitaria y personal, pues es lo que nos enciende en amor a Dios y a los hermanos. No está de más que nos examinemos sobre la calidad de nuestra oración comunitaria, pues, si no la cuidamos ni la mimamos como un momento privilegiado de la comunidad, difícilmente nos plantearíamos convocar a otros a compartirla.

El papa Francisco ha puesto a la Iglesia en éxodo, salida, para ir a las periferias, ahí donde la vida clama y donde se puede hacer llegar el unguento del evangelio que sana las heridas, vendar los corazones destrozados y suscita vida y esperanza en el ánimo de las personas. La comunidad cristiana y religiosa será relevante, fermento en la masa, cuando esté atenta a los signos de los tiempos, y capte y atienda a las necesidades reales de las personas del entorno, y no espera en la sacristía a que vayan a contárselas. No debemos ahorrar energías en la tarea de re-encontrar una mínima «holgura» evangelizadora, que ponga a la comunidad en auténtica misión.

La comunidad religiosa es un ámbito privilegiado para la acogida vocacional. Esta convicción debe ser central en la vida de nuestras comunidades. Pero no se debe dar por supuesta, como tampoco se puede dar por supuesta la «cultura vocacional». En este sentido, es necesario el diálogo y la reflexión conjunta para trabajar la capacidad de acogida vocacional en la propia comunidad. Solo así la comunidad concretará los pasos que tiene que dar para recibir a posibles candidatos que quieran pasar un tiempo con nosotros, dentro de un plan de discernimiento vocacional. Incluso estos encuentros son un momento privilegiado para que los miembros de la comunidad den testimonio de su vocación.

Desde hace varios años se insiste en la conveniencia de que la comunidad tenga su propia programación de pastoral vocacional. En muchas comunidades religiosas es ya una práctica habitual. Pero en otras se realizan ahora los primeros ensayos. Tal programación ha de contemplar, al menos, las actividades que se quieren realizar, fechas de actuación, responsables e implicados en cada actividad, materiales de que se dispone y un presupuesto básico para llevarlas a cabo.

7. Distribución de quehaceres en la comunidad vocacional

a. Equipos de animación vocacional: EAVs

Algunos de los equipos de animación vocacional funcionan en varias demarcaciones de nuestra orden desde hace casi veinte años; en otras partes menos y, en algunas, aún no se han instaurado. Hay que reconocer y agradecer que estos equipos hayan desarrollado diversas iniciativas en varios de nuestros ministerios, a pesar del cansancio y el desgaste que se cobra el paso de los años. Mérito suyo es el de mantener la ilusión por el servicio de la animación vocacional. Los próximos años serán claves para afianzar y ampliar el número de los integrantes de los equipos que funcionan bien, e instaurarlos allí donde no existan. A estos equipos, además, habrá que ofrecerles una formación a la altura de las exigencias propias de nuestro tiempo.

Esta estructura de misión compartida con los seglares a través de los equipos de animación vocacional es la que nos hemos dado los agustinos recoletos en muchos ministerios. ¿Existen otras alternativas de misión compartida en pastoral vocacional? Posiblemente sí. De hecho, las estructuras pueden cambiar. Lo que sí no tiene vuelta atrás es la corresponsabilidad de todos los que formamos la Iglesia en el empeño de la animación vocacional, aunque siempre haya personas más directamente vinculadas en la coordinación de este servicio.

b. La labor de los orientadores vocacionales

El papel del orientador vocacional está bastante gastado entre los religiosos. Salvo aquellos más jóvenes que han ido integrando recientemente los ministerios, el resto de los religiosos rehúyen la tarea. Habrá que orar no solo por las vocaciones, sino también por las vocaciones a la animación vocacional. Me atrevo a decir

que aquello que marcará la diferencia en la animación vocacional será el servicio que preste el orientador vocacional a la hora de convocar y formar al equipo de animación vocacional, rezar y reflexionar juntos, proponer iniciativas y programarlas.

c. El trabajo del coordinador vocacional

La figura del promotor vocacional liberado, al menos en Europa, está resultando cada vez más inadecuada y desmarcada del planteamiento eclesial sobre pastoral vocacional. El orientador local, en la mayoría de los casos, no está aún en grado de asumir todas las competencias del antiguo promotor liberado en su comunidad. Por lo cual, el rol del coordinador vocacional está favoreciendo el paso necesario por dar de la figura del promotor vocacional al orientador local como principal responsable de la animación vocacional en la comunidad. Su tarea es ayudar a que el orientador vocacional de la comunidad se provea de las estructuras, relaciones y formación necesarias para desempeñar su misión específica.

d. Comisión interprovincial para la pastoral juvenil y vocacional

El último capítulo general estableció en una de sus *ordenaciones* que el prior general y su consejo organizaran la pastoral vocacional y la pastoral juvenil en la orden, primando la colaboración interprovincial. Para ello, en los países en que está presente más de una provincia, se va impulsando la creación de un equipo interprovincial que desarrolle planes y programas comunes, y promueva con eficacia la misión compartida con seculares, las misioneras agustinas recoletas y las agustinas recoletas de vida contemplativa. El trabajo conjunto del equipo interprovincial de España para la pastoral juvenil y vocacional está resultando una experiencia buena por tres razones: se comparten materiales, se organizan y proyectan algunas actividades de forma conjunta y se hace camino común, como familia religiosa, con sentido de orden.

e. Incorporación en los departamentos de pastoral vocacional de las diócesis

Esta no es una urgencia del momento, sino una nota característica de la «cultura vocacional»: las vocaciones son para la Iglesia, y el Espíritu se las da a aque-

llos que quiere y como quiere, más allá de un simple proselitismo vocacional. Por lo tanto, hay que «pescar» en red o hay que «enredarnos» para pescar. Cuantas más relaciones con personas concretas comprometidas con la pastoral vocacional, más alargaremos el horizonte de la «cultura vocacional» y más nos abriremos puertas a nosotros mismos. En muchas partes de nuestra orden sigue siendo una asignatura pendiente vincularnos a estos equipos de pastoral vocacional.

f. Ofrecer lugares de referencia para la oración, el acompañamiento y el discernimiento vocacionales

Es necesario, como tantas veces insistió san Juan Pablo II, proponer una «cultura vocacional» que sepa reconocer y acoger aquella inspiración profunda del hombre, que lo llama a descubrir que solo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida. En este sentido, los centros de espiritualidad representan un espacio y un ambiente adecuados para la formación en la fe y la evangelización. Además, pueden llegar a ser lugares en los que se acompañe en el encuentro con Dios y con uno mismo.

g. Invertir recursos humanos y materiales en la formación de agentes de animación vocacional

Es una urgencia cada vez más palpable el poder contar con religiosos y seglares profesionalmente capacitados para elaborar materiales de calidad relacionados con la pastoral juvenil y vocacional, para estar en la web y en las redes sociales de forma significativa, para realizar el acompañamiento vocacional y para llevar adelante escuelas de oración.

h. Presencia en la web y en las redes sociales

Hemos de tender a una presencia cada vez mayor en los medios de comunicación social, como cualquier otro grupo que pretende ofrecer algo significativo a la sociedad. En nuestro caso, hablamos de proponer la buena nueva que suscita vida de relación con Dios y que, a su vez, posibilita la respuesta a su llamada. En este sentido, sería bueno poder contar con personas especializadas. Además, es

exigente tener y mantener una presencia de calidad en la red, por lo que es clave dotarlas de medios materiales para hacerlas atractivas.

i. *La «cultura vocacional» entre los profesos simples*

Un ámbito en el que nos jugamos mucho respecto a la «cultura vocacional» es el de la formación de los profesos en este nuevo paradigma de la cultura de la vocación. Si ellos se convencen de este nuevo estilo de animación vocacional, este servicio se encaminará, en principio, en los años venideros. Aunque, insisto, es bueno buscar su formación específica para una buena capacitación en esta área.

j. *El acompañamiento vocacional*

Con el servicio de este ministerio, se busca ayudar y estimular a cada creyente para adquirir conciencia del don recibido y de la responsabilidad que el don conlleva consigo.

8. En la comunidad vocacional todos arrimamos el hombro

Apuntamos ahora algunas iniciativas y actitudes en las que toda la comunidad cristiana y la comunidad religiosa se han de implicar más allá de edades, capacidades, estilos y sensibilidades pastorales.

1. El fundamento de toda la animación vocacional, el corazón de este servicio en la Iglesia, es la oración insistente al dueño de la mies para que mande trabajadores a su mies (cf. *Mt 9,38*). La oración es el primer y más proporcionado medio para la pastoral de las vocaciones.

2. Nada más pro-vocador que el testimonio apasionado de la vocación que Dios dio a cada uno. Solo así el que es llamado desencadena, a su vez, en otros la llamada. «El ejemplo de la propia vida humilde, laboriosa y penitente, llevada con alegría, es la mejor presentación de la orden y la mejor invitación a abrazar en ella la vida religiosa» (*Const. 158*). Este será el modo como nuestra vocación será respuesta a la búsqueda de sentido y de fundamento de los jóvenes que nos conocen.

3. Es muy importante también el testimonio comunitario de una vida dispuesta según el evangelio. No podemos ofrecer el espectáculo de una vida de individuos desconectados entre sí, solterones apáticos, aburridos y con mal genio, sabiendo que los jóvenes tienen hambre de comunión y de lazos afectivos fuertes. La vida fraterna en comunidad hace palpable, con un lenguaje fácilmente entendible, que varios hermanos se encuentran diariamente en Cristo y con Cristo, rezan, comparten la vida y se ponen al servicio de los demás.

4. Los jóvenes captan la solidez o la debilidad de nuestros lazos fraternos. La calidad de nuestra vida de comunidad será una de las puertas por las cuales llamen posibles vocaciones de especial consagración. Así pues, la opción de la comunidad por la animación vocacional busca articular el testimonio personal y el testimonio comunitario de la propia vocación para ser relevantes y significativos allí donde estamos.

5. Todos nos podemos implicar en la tarea de la animación vocacional de forma personal y comunitaria, estando abiertos a acoger cálidamente en nuestras comunidades posibles vocaciones. Sin duda alguna, las palabras de bienvenida y nuestros gestos que denoten interés por quien nos visita, marcarán la diferencia para que una posible vocación eche o no raíces en nuestras comunidades. Las vocaciones que «espantamos» son vocaciones que no merecemos, aunque Dios siga llamando.

6. Tanto los religiosos como los seglares que integran los equipos de animación vocacional, han de estar siempre dispuestos a dar razón de su esperanza vocacional (cf. *1Pe* 3,15), impartiendo catequesis adecuadas que orienten a las nuevas generaciones en la búsqueda de Dios y que subrayen la belleza del seguimiento de Cristo con una propuesta explícita: «Ven y verás» (*Jn* 1,46). En el empeño de la animación vocacional es importante que retomemos la estructura vocacional de la vida humana y anunciemos la vida como vocación.

7. En nuestras comunidades se puede apreciar un momento particular de síntesis: religiosos predominantemente mayores con algún joven. Cierto, ya no abunda el impulso de las generaciones jóvenes dispuestas a comerse el mundo. Ahora, como se dice popularmente, se peinan canas (¡y unas cuantas!). Pero precisamente en esta nueva etapa que se abre en la vida religiosa existe la sabiduría y la madurez propias de religiosos que se han medido por muchos años con el día a día de la vida. Estos religiosos sabios han descubierto lo que verdaderamente cuenta e importa; son un don de Dios a nuestras comunidades. Ellos pueden hacer un maravilloso trabajo en el acompañamiento espiritual y en el discernimiento vocacional.

8. Cultivemos las prácticas habituales propias de nuestro estilo de familia, que mantienen activa la vocación personal, la cultivan y la desarrollan, a saber:

un retiro vocacional al año, la elaboración del plan de pastoral vocacional de la propia comunidad incluido en el *ordo domesticus*, la oración por las vocaciones, el apoyo y respaldo a las iniciativas del orientador local y del equipo de animación vocacional...

9. Para quienes tenemos fe –y la animación vocacional pide una fe esforzada– sabemos que la historia está en manos de Dios y que es historia de amor y salvación. Esta confianza básica nos permitirá pasar del cansancio y la resignación por los pocos frutos a un nuevo impulso que transparente la belleza de la propia vocación.

10. Confiemos en la actualidad del carisma de nuestra familia religiosa. San Agustín y la inspiración recoleta están vivos, gracias a Dios, en nosotros. Por esta razón el último capítulo general de la orden, celebrado en Monachil en el 2010, se propuso revitalizar la orden desde la propia identidad carismática, para cumplir mejor su misión evangelizadora. Dicho objetivo nace de la gratitud por la riqueza del carisma de nuestra familia religiosa, don precioso que Dios dio a su Iglesia y al mundo. De ahí que debemos buscar el modo de hacer visible las bondades de nuestro carisma. Solo así nuestras comunidades serán presencias significativas en las iglesias locales.

Conclusión general

Nos sumamos a la ola que ha originado el papa Francisco respecto a la evangelización y a la animación vocacional, pues es primordial urgir una implicación activa y generosa por parte de todos para favorecer la globalización de la «cultura vocacional». En este sentido, la Palabra de Dios suscita, nutre y consolida el testimonio alegre de la propia vocación, para que otros puedan responder también a la llamada del Señor. San Agustín, a su modo y con sus posibilidades, promovió y acompañó las diferentes vocaciones en la Iglesia. Por eso, él alienta y aviva nuestros esfuerzos por la animación vocacional. Y es la Iglesia, comunidad de los convocados, la primera destinataria de la llamada divina y la que cultiva con generosidad todas las vocaciones.

La cultura vocacional se va abriendo camino, y el paso siguiente consiste en ir de la figura del animador vocacional a la comunidad vocacional, pues todos recibimos personalmente la llamada en la comunidad. Por esta razón resulta importante revisar nuestro estilo de vida a la luz de la espiritualidad vocacional, para que nuestras comunidades se dispongan a ser comunidades vocacionales. A su vez, ello favorece que todos los miembros de la comunidad se impliquen en la

tarea de la animación vocacional. Por último, nunca está de más una buena programación que permita desarrollar distintas iniciativas y distribuir bien las tareas.

Fabián MARTÍN
Casa de formación San Agustín.
Las Rozas (Madrid)

Resumen

Uno de los grandes retos planteados a la vida religiosa es el de la promoción vocacional, así como la transmisión de la fe a las nuevas generaciones es el gran reto que se le plantea a la Iglesia en general. Dicho reto implica afrontar con un espíritu y una metodología nuevos el descubrimiento, el cuidado y el crecimiento de las vocaciones a la vida religiosa. El autor, versado en la denominada «cultura vocacional», propone, desde EG 107, diversas parábolas evangélicas y reflexiones agustinianas, dar el paso del «animador vocacional» a la «comunidad vocacional», de forma que ésta se convierta en el sujeto de esta tarea.

Abstract

Vocation promotion is one of the greatest challenges of religious life, as the Church is challenged to transmit the faith to the new generations. The said challenge entails facing with a new spirit and methodology the discovery, the care and growth of vocations to religious life. The author, who is well-versed in «vocational culture», proposes according to EG 107, different Gospel parables and Augustinian reflections, to move from being the «vocational animator» to the «vocational community,» so as to transform the latter into the subject of this mission.